

“NO NECESITAMOS PERMISO PARA SER LIBRES”*

MAGNOLIA VÁZQUEZ ORTIZ**

Dedicado a mis vecinas de infancia y adolescencia: doña Fina, doña Mary, doña Chole, doña Marta, doña Queta, y por supuesto, a mi madre: el primer colectivo de mujeres bonobos que conocí

Es 1 de enero de 1994 y en febrero próximo estaré iniciando el 6to semestre de la licenciatura en psicología. Puede ser un inicio de año como cualquier otro, pero no lo es, eso lo sé cuando me entero por los noticieros: en Chiapas, la comunidad de Ocosingo, entre otras, se ha alzado en armas contra el gobierno de Salinas de Gortari. Pasado casi tres meses de este acontecimiento, sucede otro que pone al país nuevamente en alerta: es asesinado Luis Donaldo Colosio, el candidato del PRI para la elección presidencial de julio próximo, quien es llorado abundante y genuinamente por doña Paulina, la madre de mi amiga Julieta que me comparte departamento, y por cientos de ciudadanos más, gente del campo sobre todo. Estas dos imágenes proyec-

tadas en el televisor: el levantamiento y aparición en público del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en el estado vecino, y la multitud de gente despidiendo llorosa al candidato recién fallecido, quedan fijadas en mi memoria visual.

Aun cuando soy universitaria, mi interés por la política es mínima, pero estos dos hechos, cerca uno del otro, no dejan de perturbarme. En la universidad ya he tomado la asignatura Desarrollo Económico y Político de México y la frase de moda que el profesor Roberto Montes de Oca no se cansó de repetirnos a sus alumnos “Son ustedes, *agentes del cambio*”, retumba en mí como un llamado a la conciencia y acción social. Estoy formándome profesionalmente para luego accionar, porque el hecho de crecer en un pueblo, cercano a otro donde la mayoría es indígena y habla otra lengua; y el hecho de luego trasladarme con mi familia a la ciudad, me han llevado a experimentar eso que llamamos conciencia social: las diferencias de

clases no sólo de raza sino también económica y cultural y lo que se deriva de esto: la diferencia de trato dependiendo el lugar en el que te haya tocado nacer y crecer.

Hace un mes aproximadamente inicié mis estudios de maestría en Letras y hoy el calendario marca miércoles 21 marzo del año 2001. Es medio día y cientos de estudiantes, entre profesores y trabajadores administrativos, estamos sentados en uno de los espacios abiertos de Ciudad Universitaria (CU) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde esperamos pacientes pero con algarabía, el arribo del EZLN que desde el día 11 de este mes, llegó a la Ciudad de México después de realizar una marcha pacífica por algunos estados del sureste mexicano, y cuyo propósito es exigir el cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés Larráinzar pactados desde 1996 con el gobierno de México, representado por Ernesto Zedillo, sucesor de Carlos Salinas de Gortari. En esta ocasión soy consciente del mo-

39
Cinzontle

* Lema zapatista escrito en una de las cocinas de la comunidad de Caracol 4, zona Zotz Choj, Chiapas, México.

** Profesora universitaria, escribe ensayo, poesía y narrativa.



mento histórico que me toca presenciar y estoy muy emocionada por vivirlo.

Cuando arriba un pequeño contingente del EZLN al templete preparado para la ocasión, imperceptiblemente se hace el silencio. Todos los ahí presentes quedamos en posición de escucha y dos personajes encapuchados, como todos los que los acompañan, toman la palabra. Un hombre y una mujer. La sorpresa, quizás, es que el hombre que toma la palabra no es el subcomandante Marcos, sino el comandante David y junto a él, la comandante Ramona. El discurso de ambos es revolucionario, es un discurso que invita a la acción pero sin revuelta: dignidad, justicia, solidaridad, respeto, autonomía, libertad, comunidad, futuro, niñez, paz son palabras que fluyen en su decir y en su hacer, mismos que se contraponen a la política económica neoliberal que inició Carlos Salinas de Gortari antes de concluir el sexenio como presidente de México. El llamado revolucionario y pacífico del EZLN me convoca, me entusiasma tanto que planteo a Rodrigo, mi novio, el deseo de irme con ellos, pero el llamado del corazón

es más intenso y me quedo a continuar y concluir mis estudios de maestría en CU para luego regresar a Tabasco y asumirme como *agente de cambio* que abona a la causa del movimiento zapatista y que asumo también como mía.

Estamos en el mes de **diciembre del 2019**, el mes más festivo en casi todos los lugares del mundo desde que surgió el cristianismo, pero un año aciago para cientos de familias mexicanas, tal como viene sucediendo en los quince años que lo han precedido. Un año esperado por millones de mexicanos que apostaron por la cuarta transformación prometida por Andrés Manuel López Obrador y de la cuál, en su primer año ha quedado a deber, sobre todo a las comunidades indígenas y campesinas, y a familiares de desaparecidos (as) y asesinados (as); a pesar de su programa exitoso “Sembrando vida”. **2019** es también un año que cierra con movimientos revolucionarios en algunos países de América Latina: Bolivia, Ecuador, Chile...

Es diciembre del 2019, decía y estoy finalizando mis estudios de la maestría en Teoría Crítica. Soy

profesora universitaria, madre de dos hijas adolescentes, esposa, hija, hermana, sobrina y amiga de personas con las que comparto el quehacer de la escritura, de la lectura, de la camaradería. Y aun cuando el tema de la política no es mi fuerte ni de especial interés para mí, el hecho de ser responsable de formar a futuros profesionistas, de formar a mis hijas como ciudadanas, y de ser partícipe y afectada por esta, la política, aun cuando no lo desee, hacen voltear mi mirada hacia el acontecer cotidiano que se proyecta no sólo en los medios de comunicación masiva sino también en los contextos donde me muevo. Pero esta mirada no es pasiva, intenta ser crítica, y además, libre.

Es diciembre, son vacaciones y en la plática con Rodrigo, mi esposo, me hace saber: habrá un encuentro convocado por mujeres que pertenecen al EZLN, cuya sede será en territorio zapatista. No pienso, sólo sé que iré y se lo hago saber a Rodrigo inmediatamente. Él no responde nada en este instante, nada que me limite. Pasan los días y empieza a expresarme su preocupación: hay movimiento del EZLN contra Obrador, es peligroso que vayas, es zona de nadie, no está el ejército, te internas pero no hay certeza de que regreses, el camino hacia allá *-hacia donde sea*, pienso- es peligroso, pueden desaparecerte, etc. Me repite las mismas palabras que los medios de comunicación martillean a diario y que han provocado ¿sin querer? en la sociedad, un estado de paranoia, lamentablemente, fundamentadas en hechos reales. Empieza el diálogo, la negociación. Es peligroso, además, es fin de año, mes

de convivencia familiar. No es todos los años, le digo, es la primera vez y no será en año nuevo, festejaré con ustedes el despido de este y la bienvenida del siguiente. Si te vas, nosotros también nos iremos y no habrá regreso. Si te vas, no habrá vuelta atrás. *¿Pone a prueba la intensidad de mi amor?* Una vez cedí, esta vez no estoy dispuesta a hacerlo. Mi deseo de ir es más fuerte. Lo sabe. Estás en el momento del yo, yo y yo. Solo son unos días. No cede. La negociación no es fácil. Empiezo a desesperarme. La impotencia que la frustración provoca se va apoderando de mí. Me siento en estado de cautiverio, pienso en las cientos, miles de mujeres violentadas por sus parejas y cuya situación –entre otros temas igual de alarmantes– será tratado en el encuentro. *¿Soy una de ellas?* Quiero creer que la respuesta tajante y limitante de Rodrigo es más bien una reacción protectora, una reacción de amor y aunque mi deseo de ir al encuentro se mantiene firme muy dentro de mí, llega un momento en que lo cedo nuevamente al otro, aun sabiendo que esta decisión traerá actos drásticos y determinantes de mi parte en los días venideros. Impotencia, tristeza, desasosiego, muchas emociones dolientes arriban a mí. Sin embargo, el cuestionamiento decepcionado de Eva Sofía, mi hija de 15 años, por renunciar a mi deseo, me envalentona y finalmente, con su solidaridad y compañía, parto en la madrugada del 26 de diciembre rumbo a San Cristóbal de las Casas, donde nos esperan Edrei y Lucy, artistas plásticas y amigas de mi prima Marilú, con las que nos iremos a los Caracoles 4, la comunidad zapatista, aledaña al municipio de

Altamirano, Chiapas. Mi deseo de una vida pacífica, feliz, sin miedo, libre, es más fuerte que mi deseo de amor en estos momentos y me voy con la mejor compañía que puedo tener.

26 de diciembre cae en jueves.

Llegamos a la terminal de autobús a las 8 de la mañana, una hora antes de la esperada para iniciar el recorrido rumbo a la parada final. Me comunico con Edrei y me indica qué calle tomar para llegar al mercado de artesanías que está a lado de la iglesia de donde saldrán las Vans. Hace mucho frío pero la caminata, con todo y carga sobre nuestra espalda, nos va calentando y llegamos al mercado algo acaloradas. Desayunamos, Eva un pan, yo un tamal; tomamos café de olla, compramos algunas artesanías pequeñas y mientras esperamos mensaje de Edrei, damos una vuelta por los pasillos del mercado que todavía duerme. Este recorrido parsimonioso se detiene y nos pone en movimiento acelerado al enterar-

nos de que estamos en el mercado equivocado. Caminamos de prisa rumbo al mercado de artesanías y dulces que también tiene una iglesia a un costado. Preguntamos por la iglesia de San Miguel, que es el dato que me queda en mi memoria porque mi celular se descargó, y quien nos indica hacia dónde dirigirnos, nos envía a una iglesia equivocada. Volvemos a preguntar, empezamos a correr y en la prisa Eva tropieza, cae, le ayudo a levantarse, la jalo para que sigamos corriendo, le digo: vamos o nos dejarán, y tendremos que hacer el viaje solas y transbordando. Ella, silenciosa, sigue mi ritmo. Acomodadas en la Van que nos espera casi 45 minutos, miro a Eva, a su rodilla, la acaricio y le pido disculpas por no sobarla en el momento de su caída, que sé, fue muy dolorosa porque cuando la jalé para seguir corriendo, me siguió con expresión de dolor en su rostro y arrastrando una pierna. El viaje por la carretera, el paisaje y la música de Juan Gabriel (mi compositor favorito de mú-



42
Cinzontle



sica popular mexicana) nos relaja y dormitamos un rato. Bueno, yo solo dormito unos momentos. Me place contemplar la zona montañosa, el paisaje, sentir el fresco que se cuele por la ventana de la combi y siento surgir el deseo de vivir algún día por estos parajes.

Arribamos a la caseta que da entrada a la comunidad, pasado el mediodía. Las mujeres que venimos en las dos Vans, entre mexicanas, españolas y argentinas, bajamos contentas, emocionadas, todas, mochila en espalda, con casa de campaña y sleeping integrados, algunas con hijos pequeños y en brazos. Llegamos un día antes del evento, así que no hay muchas mujeres en la fila formada para realizar nuestro registro y obtener nuestra cédula de participantes. En la puerta de una casa pequeña, en formato de habitación, nos recibe, a Eva y a mí, una mujer zapatista que nos lleva con dos de las doce mujeres, también zapatistas, que ocupan en pares, una de seis laptops sobre mesas pequeñas de madera. Nuestra anfitriona confirma el registro realizado en línea, y validados

nuestros datos, nos proporciona el gafete que hace oficial nuestra estancia en el encuentro. Esperamos solo unos minutos el transporte que nos trasladará a nuestro destino final: los Caracoles 4. Las mujeres más bulliciosas elegimos subir a una camioneta de redila y las más tranquilas y con hijos pequeños, se van en una combi.

El recorrido dura solo unos minutos, como diez, pero lo disfruto mucho no solo por el paisaje montañoso sino también por el agradable viento frío que nos acompañará los cinco días que pasaremos en la comunidad, comunidad que nos acoge con una entusiasta y, en cierto momento, perturbadora hospitalidad, pues el recibimiento de las mujeres zapatistas, que nos esperan en el límite del portón –de dos aguas y que sostiene en la parte superior una manta en la que se lee: BIENVENIDAS AL SEGUNDO ENCUENTRO INTERNACIONAL DE MUJERES QUE LUCHAN–, toman el equipaje que vamos bajando de la camioneta, se lo llevan a sus espaldas y empiezan a caminar rumbo al espacio que han designado para nuestro grupo. Algunas de las mu-

jeres que vienen conmigo, sorprendidas, sin reflexionar, cogen de las otras manos, sus pertenencias. Yo, tomada también de sorpresa, al mirar la escena, respondo con prudencia y me dejo guiar por las circunstancias. Eva y yo seguimos a las mujeres que llevan nuestra carga y cuando estas se detienen y la dejan sobre la hierba, se despiden sonriendo. Yo las imito y agradezco también con palabras. Este es el primero de otros gestos y forma de ser de las habitantes de la comunidad que me causarán asombro y profundizarán mi respeto y admiración hacia ellas.

A nuestro alrededor hay movimiento y en menos de media hora, apoyándonos entre sí, tenemos listas nuestras casas de campaña el grupo de mujeres que venimos con Edrei. Pensé, iba a estar complicado para Eva y para mí asentar la nuestra, pues somos incompetentes en la destreza manual de este tipo, pero el tamaño adecuado para dos personas, nos facilita el armado de la que será nuestra morada en estos días. Por ser de las primeras en llegar al lugar del encuentro, tenemos la suerte de quedar instaladas frente y muy cerca de uno de los tres comedores que alimenta a quienes habitan los Caracoles 4. Puesta nuestra casa de campaña, nos vamos a comer y luego recorreremos la zona para familiarizarnos con ella. No sé cuánto tiempo tardo en darme cuenta de que la forma en que está estructurado el lugar es del tipo comunal: baños, cocinas, lavaderos, comedores, dormitorios y espacio para asambleas, comunes, todo comunes. Solo las tiendas tienen el formato de tienda, tipo casa, y únicamente hay dos. Lllaman también mi

atención las palabras y figuras, escritas y pintadas, en algunos de los espacios comunes más grandes, donde se lee:

“SIN PRISA PERO SIN PAUSA A LUCHAR”; “QUÉ ESPERAS, QUÉ ESPERAMOS DEL CAPITALISMO. AHÍ NO HAY JUSTICIA. Sólo hay despojo, desprecio, represión, muerte... ORGANICÉMONOS CON RESISTENCIA CONTRA EL MOUSTRO CAPITALISTA...”; “LLEGÓ LA HORA DEL FLORECIMIENTO DE LOS PUEBLOS”; “PORQUE MORIR NO DUELE. LO QUE DUELE ES EL OLVIDO. AQUÍ TENEMOS HISTORIA Y MEMORIA. LUCHA HISTÓRICA ZAPATISTA”; “LAS TRES BANDERAS: SALUD, EDUCACIÓN, PRODUCCIÓN”; “DISCULPEN LAS MOLESTIAS, ESTO ES UNA REVOLUCIÓN”; entre otras consignas, pero la que más sobresale, la más grande y expuesta frente a la explanada central de la comunidad, dispuesta en forma rectangular, es la siguiente máxima:

“NO NECESITAMOS PERMISO PARA SER LIBRES”

A la mañana siguiente, cuando vaya con Eva a desayunar, le pediré, me tome una foto en solitario, teniendo como fondo esta máxima que he asumida como mía desde el instante en que la leí. Unos días después de nuestro regreso a casa, nos encontraremos las dos entre decenas de mujeres, en una foto publicada por un periódico, teniendo como fondo esta misma máxima.

Amanece frío este 27 de diciembre. Pero no es el frío el que me despierta y provoca me levante a las 6 y tanto de la mañana. ¿Es el sol? Ya ilumina al día, pero no

hace calor. Es quizá la adrenalina de saber que pronto iniciará formalmente el encuentro y por eso despierto a esta hora. Amanece, pero el sol no es el que ha transformado el paisaje verde, contemplado la tarde anterior, en multicolor. Al salir, miro cientos de casas de campañas instaladas alrededor de la mía. Rojo, amarillo, azul, naranja, café, blanco, lila... es una fiesta de colores, no sólo de casas, también de vestimentas, de razas, de culturas. Pronto, el encuentro de mujeres se convertirá en un encuentro-festejo por la diversidad. En el transcurso de este día, seguirá el desfile de camionetas que traerán a más participantes al evento convocado. Eva todavía no despierta. Voy por un café, al rato regreso por ella, desayunaremos y nos prepararemos para la inauguración.

Es casi medio día. Las mujeres ya instaladas en los Caracoles 4, caminamos, recorreremos algunos puestos que venden artesanías, ropas autóctonas, libros, esencias naturales, souvenirs sobre el encuentro colocados en la única calle de la comunidad; o nos sentamos bajo el sol o bajo la sombra de tres carpas levantadas frente a la plaza central. Entre estos espacios andamos hasta que una mujer de la comunidad toma la palabra, en el templete que cuenta con un equipo de sonido tan potente, que se deja escuchar hasta las casas de campañas más cercanas, como la nuestra. La mujer, con su atuendo de zapatista, se presen-



ta como la comandante Amada y nos invita a que despejemos el templete, la plaza central, y nos ubiquemos en la línea periférica de la misma. Eva y yo logramos quedar frente a las demás mujeres y podemos apreciar el ritual que está por venir. Después de la bienvenida, la comandante Amada lee los acuerdos tomados en el primer encuentro y orgullosa, expresa que desde marzo del 2018, no hubo ninguna mujer desaparecida en su comunidad; cumplieron el encargo de mantenerse vivas, de cuidarse entre sí. Su discurso después se torna rojo, rojo sangre, rojo violento, pero también rojo combativo. Continúa y en su hablar, denuncia al Estado, el aumento de muertes y violencia ejercida sobre las mujeres, pero también sobre los habitantes de las comunidades, la naturaleza y la vida en general, y entre este aniquilamiento, la impunidad erigiéndose poderosa: “El Estado



opresor, es un macho violador”, será una de las tantas consignas que se escucharán en los momentos catárticos más álgidos del encuentro, seguido del lema más repetido durante los testimonios “No estás sola, no estás sola, no estás sola”. Esas voces evidencian que así es, no estamos solas.

La comandante Amada nos recuerda por qué estamos aquí las mujeres que luchan, sus palabras empiezan a sumar una serie de números y arbitrariedades cometidas por el sistema capitalista neoliberal y eso nos incomoda por lo terrible de la situación, pero también nos anima porque estamos precisamente aquí, para hablar de ello, para compartir experiencias y propuestas de acciones, muchas ya llevándose a

su despido, anuncia la presencia de las milicianas (mujeres que pertenecen a la milicia zapatista) que nos tienen algo preparado. Todas quedamos a la expectativa y centramos nuestra atención en las milicianas colocadas en el límite interior del rectángulo que forma la plaza. La bulla estalla en toda la explanada cuando la música que llevará el orden de la presentación, se deja escuchar: “17 años”, cantado por el popular grupo de cumbia mexicana, Los Ángeles Azules. Así empieza formalmente el encuentro, con mujeres de distintas edades, culturas, profesiones y oficios, bailando con el coro de fondo repetido incesantemente: “que si eso es el amor, que si eso es el amor, que si eso es el amor, que si eso es el amor..”; con

cabo en diversos lugares tal y como lo expresarán mañana los colectivos que han asistido al encuentro de diversos lugares de México (Jalisco, Puebla, Cd. de México, Oaxaca, Tabasco, Ciudad Juárez, Veracruz, entre otros) y de países como Chile, Bolivia, Argentina, Colombia, Guatemala y Canadá.

Las palabras de la comandante Amada se tornan naranjas cuando nos suma el número de asistentes a este segundo encuentro, con críos incluidos, y el total de países que participan, más de cuarenta. Este color naranja sube de intensidad cuando en

la marcha de las milicianas formando, a partir del ritmo de la canción, un caracol en el centro de la plaza; y con las arqueras sosteniendo sus arcos en posición de disparo hacia arriba y hacia el exterior. Así inicia el encuentro: con la palabra AMOR retumbando dentro y fuera de nosotras.

26 y 27 de febrero de 2020. Desde que inició el año, mi frecuencia de uso del celular ha disminuido en su función de comunicación, y lo he dejado de utilizar para consultar el pronóstico del clima. Por eso, la semana que pasó y esta, me tomaron de sorpresa los frentes fríos con lluvia, después de los días soleados y calurosos que les antecedieron. Al medio día de hoy, mientras más cerca de casa, la carretera fue desprendiendo el olor a asfalto caliente recién mojado y en estos momentos hay un viento intenso y frío, muy parecido a la ventisca mañanera que acompañó mi despertar en los Caracoles 4.

Claro, he dado un salto de fecha muy larga en la narración de mi experiencia en la zona zapatista. ¿Por qué? Empecé a escribir esta crónica personal un mes después de mi estancia por allá, por diversos motivos. Trabajando al unísono con mi memoria y algunos apuntes, pretendí trasladarme a cada uno de los días allí vividos y escribir en presente algunos detalles más significativos y valiosos para compartir, resaltando, sobre todo, la parte más luminosa, posible de replicar. Pero desde hace dos semanas no puedo avanzar. Ahora sé que los acontecimientos suscitados en México, particularmente, los asesinatos de Ingrid Escamilla, mujer joven de 25 años, asesinada brutalmente (este adje-

tivo refleja mínimamente el acto) por su pareja y a quien esta había denunciado siete veces por motivo de violencia, sin recibir respuesta alguna por parte del Estado; y de la niña Fátima de 7 años, a quien familiares habían denunciado como víctima de maltrato y a la que las autoridades también hicieron caso omiso; tienen que ver con este bloqueo de mi escritura. Vienen a mí los dos últimos versos escritos en el 2013, precisamente de un poema que destaca la violencia ejercida sobre la vida de la mujer, en nombre del amor: *Yo, culpable de querer cantar vida/ En mi canto ella desaparece.*

Las jornadas en el encuentro se organizaron de la siguiente manera: viernes 27 de diciembre, fue designado para escuchar los testimonios y denuncias que las participantes desearan y/o necesitaran hacer, el lugar para ello fue el templete situado frente a la explanada de la comunidad; el sábado 28 para trabajar por mesas, las propuestas de acciones sobre diversas problemáticas que viven las mujeres y, otras que afectan a las comunidades y/o población en general; y el domingo 29, día del cierre, fue el elegido para las distintas manifestaciones artísticas: poesía, artes escénicas, Stand Up, pintura, fotografía intervenida y canto. Sin embargo, aun cuando formalmente se asignó una fecha para una actividad específica, durante los tres días, varias de estas acciones se hicieron presentes, así por ejemplo, después de la ardua e intensa tarde-noche de denuncias y testimonios, que continuaron imparables los siguientes días; el templete cumplió la función de espacio recreativo, donde el canto y el baile no faltaron;

también, desde el primer día, hubo reuniones de trabajo de los y entre los colectivos participantes; o reuniones de mujeres provenientes de los mismos estados o países, de las que luego se formó una red de viajeras para apoyarse en alojamientos según el país o estado visitado.

¿Qué hubo entre estos acontecimientos públicos? ¿Qué miraron mis ojos?: mujeres indígenas zapatistas manejando las camionetas, las mismas que nos trasladaron a las mujeres visitantes a su comunidad y nos llevaron de regreso, concluidas las jornadas, a la zona de registros; mujeres indígenas zapatistas maniobrando con cámaras de video, cámaras fotográficas, equipo de sonidos, solucionando problemas eléctricos suscitados durante las jornadas; mujeres milicianas vigilantes, cuidándonos con arcos, toletes, rifles en los alrededores de la comunidad; mujeres organizadas preparando, sirviendo y cobrando las comidas durante el día y parte de la noche, a veces, con apoyo de las visitantes; mujeres diversas bordando, ofreciendo y vendiendo

sus creaciones artesanales; mujeres realizando talleres de defensa personal; mujeres psicólogas asistiendo a algunas víctimas de violencia que requirieron del apoyo después de su denuncia/testimonio; mujeres practicando el yoga con instructora disponible; mujeres y niños jugando fútbol; mujeres aprendiendo a bailar tango; mujeres escenificando en la plaza central las desapariciones y el duelo de las que quedaron en orfandad, como conjuro; círculos de mujeres sentadas, compartiendo el canto y el baile propios de su región; mujeres, jóvenes universitarias en su mayoría, realizando labores de limpieza y de separación de la basura producida en demasía por nosotras las visitantes, apelando al respeto de los acuerdos, de traer cada una nuestros propios utensilios y mantenerlos limpios, que algunas mujeres incumplieron; mujeres solidarias, colaboradoras, risueñas, coloridas, alegres, felices, libres; dos terceras partes, jóvenes entusiastas y propositivas, muchas de ellas dirigiendo colectivos o representando a sus comunidades.



46
Cinzontle

¿Qué escucharon mis oídos?: cantos nocturnos, festivos, típicos de cada región (incluso, Mon Laferte hizo acto de presencia el primer día y después de una jornada densa de testimonios de violencia, cayó como un bálsamo su canto compartido con nosotras) intercalados con palabras hirientes, impregnadas de culpa, rabia, tristeza, dolor, muerte, pérdida; escucharon palabras de aliento, en coro, de las oyentes, con el acompañamiento “no estás sola”; voces rompiendo el miedo, librando la batalla, ganándola al tomar el micrófono y dejarse escuchar; voces valientes, atrevidas pronunciando y otras en coro repitiendo algunas consignas espontáneas: “ya no soy una víctima, soy una sobreviviente” (habrá que buscar la forma de que viviente sustituya a sobreviviente), “es tu cuerpo, tu alma no se toca”, “hay que sanar colectivamente”, “ni una menos, vivas, libres nos queremos”, “mujeres organizadas, jamás serán violadas y menos asesinadas”, “somos las se-

millas, nuestra diferencia es nuestra arma más fuerte”; mis oídos escucharon la voz de la comandante Jessica aconsejando a jóvenes que le preguntan sobre su vida en la comunidad: “piensen y reflexionen en su corazón, comparan con otras, las ausentes. Nosotras las invitamos porque nosotras no podemos salir, no tenemos el dinero para hacerlo. Por eso las invitamos a ustedes, para que nos compartan sus experiencias y se sientan aquí libres, como quieran andar, hasta desnudas si quieren, como en el otro encuentro, pero en un lugar donde no las vean los niños”; la voz de la comandante Amada, -me enteré de su identidad en el momento del despido- platicándome, que antes del 94, antes de que se hiciera público el movimiento zapatista, se integraron las milicianas al EZLN y que todas las mujeres fueron involucradas desde el principio, los hombres demandaron su apoyo porque solos, sabían, no iban a poder mantenerse en la lucha; la

misma voz de la comandante Amada, compartiendo su contenido que a cinco Caracoles¹ (así denominan a las comunidades que pertenecen al movimiento del EZLN), se sumaron este año, once, que no ha sido fácil, otras comunidades los ven mal pero ahí van, sumando compañeros que se forman en las filas de resistencia zapatistas (resistencia que tiene en su discurso y en sus actos una ideología anticapitalista y procomunal); y se dejó escuchar también, la voz de una joven miliciana, quien se alistó en el ejército porque no tuvo otra opción, la escasez económica de su familia le impidió seguir estudiando. ¿Qué le hubiera gustado estudiar? No hubo esta pregunta porque su compañera que estaba en la regadera y a la que esperaba, salió y se fue con ella.

El Segundo Encuentro de Mujeres que Luchan, cerró con un baile orquestado por una banda del lugar. Eva y yo nos dejamos arrobar por el ritmo de la música y bailamos las primeras piezas, descansamos mirando la explanada llena de cuerpos femeninos moviéndose al son de las cumbias y entre ellas, unos cuantos hombres bailando, porque, cabe decir que después de la clausura del domingo, a las 9 de la noche, se abrieron las puertas a los hombres zapatistas que viven en los Caracoles (y a los invitados, compañeros, esposos e hijos de algunas participantes, y a quienes, junto con nosotras, nos hicieron la invitación de quedarnos a celebrar el XXVI aniversario del movimiento zapatista) mismos que cedieron su espacio y sus días en familia para que se realizara el encuentro (¿No es este un acto profeminista, antimachista, em-



pático?). Esta vez no hubo en la despedida una consigna específica para las mujeres ahí reunidas, la comandante Amada solo repitió una vez más: hay que estar organizadas, cada quien a su modo, cada comunidad a su modo. Mujeres que luchan, sean solidarias. SEAMOS SOLIDARIAS.

He vivido el encuentro como un gran acontecimiento, una gratísima experiencia. Inigualable. Inolvidable. La vida en Caracol 4, lugar donde nos encontramos mujeres de aproximadamente 45 países del mundo, es una vida comunal. Y mis días entre y con ellas, la viví como imagino, la vivieron (y todavía la viven los sobrevivientes) los hippies de los años 60 y 70 en su momento. La diferencia acá es que fue sin hombres, sin droga (algunas hicieron caso omiso prohibición de las zapatistas) y sin alcohol. Fueron cuatro días en que sentí una libertad, una tranquilidad y una sensación de seguridad juntas que no recuerdo haberla tenido alguna vez desde que soy adulta. La suma de estas tres sensaciones, me mantuvieron en una placidez casi total en la sierra de Chiapas, un bello lugar, frío pero luminoso, y en ocasiones cálido; un lugar verde y azul con construcciones coloridas y parlantes donde habitan algunos de los zapatistas fundadores del movimiento. Casi todo es pendiente, excepto la plaza central y los lugares donde están los baños, los comedores y el área de lavado. Así que cuando despertábamos Eva y yo en las mañanas, amanecíamos treinta y tantos centímetros abajo del lugar en que colocábamos nuestras cabezas al acostarnos. Hubo mujeres que enfermaron por el cam-



bio de clima y a estas les cedieron unos de los galrones comunales para dormir, sobre camas individuales hechas de madera. Pocas, las que no trajeron casa de campaña, viajaron los tres días al centro del municipio de Altamirano, lugar cercano a Caracol 4.

Puedo denominar este encuentro como un homenaje a la libertad y a la vida colaborativa, comunal, de la que nos hablan los libros de historia, de la que nos refieren los zapatistas en sus discursos públicos: la evidencia irrefutable de la teoría hecha práctica, donde las decisiones trascendentales se llevan a cabo a través de asambleas colectivas en la que todos participan, donde existe el apoyo mutuo, el cuidado entre sí, el amor solidario con el prójimo, la tolerancia y el respeto a la diversidad, a la diferencia. **Un homenaje al amor y a la paz.**

El lunes 30 de diciembre, regresamos Eva y yo a nuestra cotidianidad, después de experimentar la realidad comunal compartida

por las mujeres zapatistas. Poco a poco fui extrañando el sosiego, la felicidad, la libertad recién sentidas. He pensado desde entonces: *habrá qué replicar esa sensación entre hombres, con los hombres, involucrarlos, y si lo están, involucrarlos más. Es necesario. Urgente.* Regreso a casa y en uno de los días venideros, mi hogar se convierte en casa-jaula. Hemos puesto barrotes ante nuestras puertas protectoras, pues hace unos meses fuimos robados. Andábamos fuera. Todos, todos somos vulnerables.

POST DATA

29 de febrero de 2020. Son tiempos muy violentos y nosotros hemos contribuido a que esa violencia permanezca y prolifere. Desde hace casi 16 años no ha habido paz y tranquilidad en buena parte del territorio mexicano, incluso, el número de muertes y desapariciones desde el gobierno de Felipe Calderón (2006-2012), según las estadísticas (102,859 únicamente homicidios²), supera a los tenidos en una guerra abierta entre un



país y otro. Es terrible y penoso, e igual de terrible y preocupante es que en los últimos años se ha incrementado con saña la violencia, desapariciones y muerte de mujeres: niñas, jóvenes, adultas; el blanco más común, jóvenes de zonas marginadas suburbanas y rurales, indígenas, migrantes (en todos los lugares, Canadá entre estos); lo siguen confirmando los testimonios escuchados en el encuentro; y el Estado mexicano (en nuestro caso) es uno de los principales responsables, pues aun cuando se realicen las denuncias, las leyes no se respetan o no protegen a la mujer de la violencia continua: “¿Por qué tenemos que escondernos en un albergue, por qué encerrarnos después de denunciar violencia de parte de mi esposo? Cuando quien comete el delito sigue libre, impunemente

libre”; “Dejaron libre, después de tres meses a mi marido, y regresó a lastimarme más –un martillo fue uno de los objetos usados la última vez– está en la cárcel pero saldrá...”. Estas son las reglas que imperan en el Estado Patriarcal al que pertenecemos y al que pretenden derribar los movimientos feministas y mujeres que luchan en colectividad. También escuché: “En Oaxaca ¿solo en Oaxaca? se intercambian mujeres por cartones de cervezas”. Me acordé del cuento de Juan Rulfo, “Es que somos muy pobres”, donde a Tacha, la hermana del narrador, le regalan

una vaca para que, aunque sea por eso, un hombre se case con ella. ¡En pleno siglo XXI! No debería sorprendernos ni mucho menos asustarnos, hay muchas realidades alternas que conocemos y otras que desconocemos. No debería asustarnos. Debería movernos a la acción. Casos como estos, hay miles, cientos de miles: jóvenes impedidas para ejercer la libertad de elegir con quien compartir su vida; mujeres impedidas en decidir no tener más hijos y si se niegan a ello, entonces son abandonadas por su pareja, y si ceden a ello, entonces vivirán una vida precaria incluyendo a sus hijos desde el nacimiento; mujeres abandonadas si se niegan a tener relaciones sexuales con su marido; jóvenes violentadas por su belleza: “quien te manda ser bonita”, frase de un violador en el

momento de cometer su delito, amigo de su novio; madre e hijas violadas por el mismo hombre, familia cercana...tan común, tan naturalizado dirían los teóricos, tan institucionalizado³.

Decía, nosotros como sociedad civil hemos permitido ese asentamiento de la violencia y esa tolerancia al sistema cultural machista, que violenta no solo a las mujeres sino también a los niños y hombres que replicarán ese poder de sometimiento sobre las otras y los otros⁴. Hasta ahora, el miedo ha sido más fuerte que el coraje de decir ¡basta! en buena parte de la población –cuánto no se ha escrito sobre ello, este, uno más. La valentía, el ser solidario, han sido vencidos por el miedo o por el confort y/o falta de empatía con el prójimo. Existen, sin embargo, a pesar de todo, hombres, mujeres y comunidades libres; y otros que han logrado vencer el miedo, que han encontrado en el lema: NO NECESITAMOS PERMISO PARA SER LIBRES, un apremio que les abre paso a la acción, misma que les permite ser libres de elegir y construir la vida que desean, una vida vivible y no una vida situada en la sobrevivencia, debajo de la intolerancia, de la discriminación, de la opresión, de la exclusión, del genocidio; existen ciudadanos que comparten horas de su vida, trabajando con y para los otros, nómbrense esos otros mujeres, hombres, niños, comunidad, naturaleza, medio ambiente. Sí, hablo del EZLN, de algunas comunidades de Michoacán, Guerrero, Puebla, Oaxaca, Morelos, Yucatán, Quintana Roo; y también de muchos colectivos⁵ y asociaciones civiles sin fines de lucros, varios de los cuales participaron en el encuentro y trabajaron en las acciones que invo-

lucran directamente a la mujer como las violaciones y maltrato (ejercidos en su mayoría por sus parejas, familiares o conocidos), la maternidad vivida en soledad; la situación precaria de las trabajadoras domésticas, de las trabajadoras sexuales; pero también asuntos como el tren maya y los megaproyectos de corporaciones extranjeras en el sureste mexicano y en Latinoamérica, que traen y traerán afectaciones, no solo en los modos de vida de los habitantes de las zonas implicadas (invasión de construcciones y de servicios) sino a la salud física y ambiental; asuntos como el Proyecto Integral Morelos, cuyo líder opositor de la comunidad, Samir Flores Soberanes, fue asesinado hace un año (20 de febrero del 2019); y asuntos relacionados con el Sistema Comunitario de Agua en San Marcos de León, Xico, Veracruz; entre otros.

Hace algunos años leí un artículo⁶ sobre los bonobos, unos primates que habitan en una de las selvas africanas. Estos primos nuestros fueron denominados por algunos de los investigadores, “Los hippies de la selva”, porque para resolver algún asunto que genera conflicto entre el grupo, hacen el amor, es decir, practican el sexo de forma ilimitada. En ese mismo artículo, mencionan un estudio (2012) comparativo del ADN, entre los bonobos, los chimpancés y el hombre. Resulta que los tres compartimos el 99.6% de genes, y nosotros, los humanos, tenemos un porcentaje del genoma social de los bonobos y un porcentaje igual al de los Chimpancés. ¿Cuál es la característica social de ambos primates, parientes nuestros? Los bonobos son colaborativos, trabajan en equipo, juegan entre ellos, no vigilan ni son celo-

sos del territorio que habitan, son pacifistas, tolerantes, solidarios, las hembras se apoyan y cuidan entre sí cuando es necesario, y son también estas las que median cualquier conflicto eventual que pueda suscitarse en su grupo. Incluso, rechazan a cualquier macho que tenga actitudes violentas. No hay líderes, no hay jerarquías entre ellos. Los chimpancés, se caracterizan por ser individualistas, egoístas, competitivos, desconfiados, marcan su territorio celosamente, hay un ejercicio de poder vertical, muchas veces violento, y dentro del grupo hay un líder macho entre ellos.

La pregunta a responder, si tenemos el mismo número de genes de ambos primates para relacionarnos socialmente, ¿por qué estamos más del lado de los chimpancés? Porque finalmente, el sistema que nos rige es el del tipo chimpancé, el capitalismo en todas sus versiones y, sin embargo, existen dentro del mismo, pequeños grupos de bonobos que se rebelan y resisten a ser como ellos, como los que mencioné en el párrafo anterior y que existen no solo en México sino en Latinoamérica y todos los lugares del mundo. Estamos del lado de los chimpancés por la cultura, porque lo hemos aprendido, imitamos las acciones, entonces, si lo hemos aprendido, también podemos desaprender y reaprender nuevas acciones, como la de estos bonobos que vinieron al encuentro para decirnos: No necesitamos permiso para trabajar por el bien común, no necesitamos permiso para exigir seguridad, paz, justicia; no necesitamos permiso para protestar, no necesitamos permiso para faltar al trabajo y hacer una huelga el 9 de marzo próximo

y visibilizar la indignación de las mujeres ante este mundo peligroso y mortal que nos ofrecen los machos chimpancés totalitarios, genocidas, que abundan en demasía; no necesitamos permiso para ser libres, para ser felices, para vivir dignamente. Sí, no lo necesitamos. **Lo que sí necesitamos, es el amor en todas sus manifestaciones. Y por el amor, fueron, son, estas palabras.**

Villahermosa, Tabasco;
febrero de 2020.

NOTAS

1. Buscar en revista *Proceso*.
2. Dato extraído de Univisión noticias, 29 de noviembre de 2018. Vía internet.
3. Tal como nos lo exhibe –al grado de provocar náuseas– Enrique Serna, a través del personaje Carlos Denigri en su última novela *El vendedor de silencio* (2019).
4. Lidia Cacho en su libro *Ellos también hablan*, ANEXAR AÑO muestra otro de los rostros del machismo que violenta al hombre mismo.
5. Algunos colectivos que llegaron al encuentro: Siempre Unidas de Quintana Roo, MAR Red de Resistencia y Rebeldía Jo de Mérida, Red de Resistencia y Rebeldía Tuxtla Gutiérrez, Colectivo Yocoyani Mujeres de Jalisco, MAR Mujeres en Arte Restauración de Ciudad de México, Moots Mujeres Organización y Territorios de Tabasco, Asociación de psicólogas feministas de Jalisco, Brigada Ignacio Martín Varo de Aguas Calientes; Coatlicue Siempre Viva de Puebla, colectivo Mariposas en el Espíritu de Canadá, entre otros.
6. Posada-Swofford, A. (2013) El hippie de la selva. ¿Cómo ves? Revista de Divulgación de la Ciencia de la Universidad Nacional Autónoma de México, No 175.